

## LA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA, A DEBATE

# El arte de lo imposible

**JOSÉ S. CARRIÓN**  
CATEDRÁTICO DE BOTÁNICA EVOLUTIVA  
DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA



**C**on el objetivo de hacer nuestra ciencia manifiesta, este fin de semana se ha organizado en Murcia el evento SeCyT'12: Semana de la Ciencia y la Tecnología. Dada su conocida capacidad para deslumbrar a las remesas de jóvenes estudiantes, puede que una feria de estas características sea más pertinente que nunca. Sin duda, también lo son algunas reflexiones sobre la situación de la carrera científica en nuestro país y sobre el poder de la ciencia como instigador del cambio social.

Antes de su empeño psicótico en la extinción de los judíos, Hitler trató de purgar su propio país de las mentes pensantes: «Quiero una juventud atlética que no haya recibido la menor educación intelectual que no sea el aprendizaje de la obediencia». Se trataba de calentar el miedo con aceite de ignorancia.

Los ingredientes del discurso en algunas sociedades denominadas 'democráticas' se han ido adaptando a los tiempos, pero el protocolo de alquimia política sigue siendo el mismo. En una rueda de prensa en Bogotá y en relación con la subida de las tasas universitarias, el presidente del Gobierno español aseguró hace unos meses que 'cada alumno que abandona la Universidad le cuesta muchísimo a los españoles'. No sé si casualmente, la Fundación BBVA-IVIE publicaba en aquellos días un informe que aseguraba que «la Universidad española muestra problemas de productividad y competitividad internacional que suscitan dudas sobre su funcionamiento y eficiencia, y su contribución social y económica». Desde entonces hemos visto como, tanto el CSIC como las universidades públicas, han sido conducidas inexorablemente a la antesala de una más que previsible bancarota.

Cabe preguntarse qué hay de los miles de millones de euros que han costado los licenciados, doctores y tecnólogos que están dejando el país como bandadas de aves migratorias para beneficio de las instituciones y empresas extranjeras. Mientras tanto, debido a una fiscalidad favorecedora, un pequeño sector de la corte empresarial española está teniendo unos márgenes

de beneficio sin antecedentes en la historia de Occidente y sin que haya apenas inversión en investigación, por muchas subvenciones y exenciones que se les concedan. No entiendo por qué seguimos asustados, si no paran de decirnos que todo está perdido.

Rebajar la dotación presupuestaria para la ciencia en tiempos de crisis es un desacierto ciclópeo. Hay evidencias abrumadoras de que los países ricos son ricos porque investigan, no es que investiguen porque sean ricos. Por eso Alemania, en su peor año de crisis, el 2009, incrementó el gasto en I+D en un 7,2%. Y para 2012, la National Science Foundation (USA) ha progresado en torno al 13%. El argumento de Obama es simple: como las empresas no suelen invertir en proyectos a medio y largo plazo, la creación de conocimiento debe ser financiada por el ente público.

Si queremos un entorno creativo capaz de retener a los buenos y atraer a los mejores, no podemos seguir contando el trabajo científico como un lujo propio de los tiempos de opulencia. Lo que está saliendo caro es nuestra oligocracia partidista, que se ha convertido en un sumidero de fondos sin suelo perceptible, una reliquia quimérica que ha crecido de manera desordenada y disfuncional, como un tumor que sobrepasa su espacio amenazando la supervivencia del organismo hospedante.

Queda también al descubierto la indolencia de nuestros cargos académicos. Nadie parece haberse sonrojado ante las continuas reducciones en la partidas presupuestarias dedicadas a la investigación. Mientras, los científicos españoles, cobijados en una burbuja virtual y dimitidos de los hechos, hemos aceptado la noción de que debemos reducir nuestras expectativas para que el futuro no nos falle. Hablo de cierto cinismo gremial, un lujo contemplativo que está chocando con la necesidad de una acción coordinada. Porque sabemos cómo hacerlo: la actividad científica es una eficaz creadora de colectividad e incluye aspectos básicos que trans-

mitir a una sociedad que precisa recuperarse de su sonambulismo.

No necesitamos más planes ni previsiones, sino estrategias para aprender a vivir en un escenario complejo y cambiante. Para ello, como en la ciencia, hacen falta redes cooperativas en las que el éxito propio no signifique confiscar al otro. Hay que asumir que el contexto no es competitivo, sino interdependiente, y que el único triunfo posible es la prosperidad colectiva. Este economicismo asfixiante que trata a las personas como dígitos no podrá exorcizar los males de la humanidad.

Como la ciencia es el arte de lo imposible, sospecho que nos salvará, no ya como españoles, sino como habitantes del planeta. Haremos gasoil cultivando una bacteria que consuma dióxido de carbono, de manera que en una sola maniobra se ventilarán el efecto invernadero y la crisis energética. Conoceremos nuestro prototipo alimentario para evitar mutaciones patogénicas. Haremos caderas de repuesto con una inyección de grasa abdominal. La ciencia moderna es una criatura vivaz que se refugiará con astucia de todas estas generaciones de políticos ruinosos que venden verdades atrofiadas. Celebrémoslo.